

10 Libros esenciales



Juan Arnau
Filósofo



1. PLATÓN TRES DIÁLOGOS: FEDÓN, BANQUETE Y TIMEO

■ En uno de los diálogos más bellos de Platón, Fedón cuenta al pitagórico Equócrates las últimas horas de Sócrates. El diálogo, que recoge los últimos momentos del maestro y su conversación con amigos y discípulos, es también una definición de la filosofía (hoy denostada), entendida como ejercitación para la muerte. Una preparación para la traducción a otras esferas (como dice un amigo poeta), para el viaje imaginal (sufies), el estado intermedio (budistas) o, como decía Borges, para las visiones y experiencias que nos aguardan tras la muerte. Bajo el espectro de la inminente ejecución y ante las arremetidas de los escépticos, Sócrates defiende que el alma sigue existiendo tras su separación del cuerpo. Una continuidad que justifica mediante creencias órfico-pitagóricas y mediante la idea que recorrerá toda la historia de la filosofía occidental: conocer es recordar. Si disponemos de conceptos que no tienen su origen en la experiencia sensible, es legítimo suponer la preexistencia del alma antes del nacimiento. Nada impide entonces que persista tras la muerte. A ello se añade el parentesco del alma con lo divino, mediante la semejanza entre el que conoce y lo conocido. Un mito escatológico explica su destino, el tránsito al Hades y el posterior balance de acuerdo con los modos de vida. Sócrates aprovecha para hacer recuento de su propio itinerario espiritual, desde la filosofía natural de Anaxágoras hasta la hipótesis de las Ideas, según la cual, al margen de lo fenoménico, existe el ámbito de lo bello en sí y de lo bueno en sí, de los que participan los sensibles bellos y buenos.



2. ARISTÓTELES ACERCA DEL ALMA

■ Quizá sea la obra más célebre, comentada, difundida y querellada de la historia de la filosofía. El cordobés Averroes dedicará su vida a interpretarla. Sus comentarios en árabe, transcritos al hebreo por sabios judíos, se conservan en la Biblioteca Nacional. Un legado que marcará el rumbo del pensamiento medieval. La lectura de Averroes conserva huellas del paganismo (el mundo es eterno, el intelecto Uno), que serán cuidadosamente borradas por Tomás de Aquino. El problema que plantea Aristóteles sigue sin resolverse (Buda lo consideraba insoluble). De entrada, el Estagirita repasa las viejas opiniones sobre el alma (Heráclito, Empédocles, Anaxágoras, Demócrito y Platón), y las descarta todas por ser soluciones demasiado fáciles. Entre ellas la que con el tiempo adoptará el mundo moderno, que reduce el alma a la materia, y la de su maestro Platón, que la considera separable del cuerpo. La única vía para entender el alma es considerarla a la vez como forma y como materia. El alma (*psyché*) «es la forma de un cuerpo natural que tiene vida en potencia». Es el principio de organización del cuerpo vivo y en el hombre tiene tres partes (vegetativa, sensitiva e intelectual), las dos primeras corruptibles, la otra inmortal pero «anónima», no pertenece al individuo sino a la especie. Por un lado es inseparable del cuerpo, por el otro goza de cierta independencia, que le permite continuar su actividad tras la muerte, aunque no como individuo o «yo», sino como pensamiento colectivo. El Libro segundo es un tratado breve de la sensibilidad que en muchos aspectos sigue vigente. El libro tercero es el más importante; Aristóteles distingue la imaginación del pensamiento discursivo.



3. HERMES TRISMEGISTO TEXTOS HERMÉTICOS

■ Procedentes del Egipto helenista de inicios de nuestra era, se trata de un conjunto muy variado de textos de astrología, medicina, alquimia y recetas mágicas que la tradición atribuye al mítico Hermes Trismegisto. El más célebre de ellos, Poimandres, se presenta bajo la forma de una revelación de Hermes que ofrece una antropología, una cosmogonía y una escatología. Un caudal interesantísimo de pensamiento emparentado con el neoplatonismo, el estoicismo, el neopitagorismo y el mundo egipcio y hebreo. El mundo hermético no debe confundirse con la *gnosis*. El cuerpo humano y la creación nunca se atribuyen a un segundo creador malo e ignorante, sino que el culto a la divinidad se dirige al Creador mismo. El tema central es el puesto del hombre en el cosmos y su misión restauradora. La tríada hermética la constituyen Dios, el cosmos y el hombre. Dios es el Padre, el cosmos su hijo, y el hombre el hijo del cosmos. El hombre está en el seno del cosmos, el cosmos en el seno de Dios y Dios en sí mismo. El hombre tiene su cuerpo ligado al mundo sublunar, pero su mente pertenece al mundo divino. De ahí el viaje imaginal que inicia tras la descomposición del cuerpo físico, en el que la ascensión va ligada a la liberación de ciertos vicios planetarios. Dentro de este esquema general cosmológico, la divinidad es lo inteligible, el cosmos lo sensible y el hombre lo corruptible y transformable. El tema del hombre como cosmos justifica toda la astrología hermética y su magia por simpatía.



Profesor de Filosofía, licenciado en Astrofísica, traductor de sánscrito y profundo conocedor de la cultura india, Juan Arnau es una de las voces más interesantes del actual panorama del pensamiento, sabio y divulgador a un tiempo. Le hemos pedido una selección de diez libros fundamentales para abordar los grandes desafíos del mundo contemporáneo: la ecología, la relación con las máquinas y la cultura mental o vida interior. Un tiempo que ha quebrado demasiados lazos con el pasado y la espiritualidad para fiarlo todo al avance tecnológico.

4. JOHANNES SCOTUS ERIGENA DIVISIÓN DE LA NATURALEZA

■ De origen irlandés, lleva en su nombre dos gentilicios (en el siglo IX *scotus* significa todavía «irlandés», sólo dos siglos más tarde, con la inmigración irlandesa a la actual Escocia, se trasladará el nombre a estas tierras). Nada se sabe de su linaje ni de cómo apareció en la corte de Carlos el Calvo, nieto de Carlomagno, en el año 845. La derrota de quienes negaban la legitimidad del culto a las imágenes en el segundo Concilio de Nicea provocó un éxodo de sabios a Occidente. Esos eruditos trajeron manuscritos. Escoto sabe algo de griego, aprendido en los monasterios irlandeses, y el monarca carolingio le encarga la traducción de la obra de Dionisio Areopagita. Esa labor marcará su itinerario filosófico. Su versión no es un ejemplo de rigor, pero simpatiza con lo que allí se dice y se anima a escribir *División de la naturaleza* (*Periphyseos*). Cinco libros que pretenden abarcarlo todo, desde Dios hasta la materia informe, mediante una división que tiene su origen en la filosofía samkhya: (1) Naturalezas que crean pero no han sido creadas, (2) las que crean y han sido creadas, (3) las que habiendo sido creadas, no crean, y (4) las que ni crean ni fueron creadas.



5. CALDERÓN DE LA BARCA LA VIDA ES SUEÑO

■ Que alguien en este momento nos sueña, al igual que nosotros soñamos historias y personajes, es creencia antigua y oriental. Hijo de hidalgos, educado por los jesuitas, soldado y padre, dramaturgo y finalmente sacerdote, Calderón es quizá el mejor versificador que haya conocido nuestra lengua. El drama de Segismundo, que Borges ensayó en *Las ruinas circulares*, revive el mito de Visnu, que sueña el universo acostado sobre la serpiente primordial. La trama plantea el antiguo problema del albedrío y el destino. ¿Es posible reformar el carácter o va en él ya escrito nuestro desenlace? ¿Puede ser libre el individuo cuya mente está hecha de pasiones y afectos? Segismundo no sabe si ha soñado que era un príncipe o si sueña que es un reo. En el límite de lo imaginal, el despótico heredero abre los ojos en un sueño para encontrarse en otro. ¿Existe un asidero donde agarrarse en medio de toda esa confusión?



SPINOZA. ÉTICA

6. ■ A Spinoza le debemos la definición más hermosa de la razón, que poco tiene que ver con inferencias y silogismos, ni siquiera con la lógica. La razón es, para el sefardí, «la armonía de las pasiones». No extrañará entonces que, después de las hostilidades desatadas por su *Tratado teológico-político*, Spinoza renunciara a publicar la *Ética*. Una obra donde se plantea cómo llegar a ser libre. La geometría seduce al sefardí y, siguiendo a Euclides y a Proclo, erige un complejo armazón conceptual (sustancia, atributo y modo) para definir a Dios. Ese armazón se despliega expositivamente mediante definiciones, axiomas, proposiciones, escolios y corolarios. De los infinitos atributos divinos solo conocemos dos: pensamiento y extensión (Spinoza en su juventud enseñaba al filósofo de moda: Descartes). Los atributos son isomorfos, tienen la misma forma interna, pero no se tocan nunca, de ahí que Leibniz hablara de «paralelismo». De modo que el espíritu y el cuerpo expresan al hombre de modos diversos y en cierto sentido independientes. En los atributos se produce la diversidad de los individuos, cuya esencia es el *conatus* o su capacidad de «perseverar en el ser». La verdadera libertad no es la imposición frente a otros individuos, sino la realización del propio contenido interno, de la legalidad propia. De ahí que la libertad y la potencia de ser sean sinónimos, pues procuran una independencia interna y externa, promueven el bienestar y producen espontáneamente rectos pensamientos. A pesar de su armazón conceptual, la obra acaba siendo un manual sobre cómo vivir con honestidad.



LEIBNIZ. MONADOLOGÍA

7. ■ El título no es de Leibniz. El manuscrito de Hannover carece de título y su primer editor le daría el subtítulo con el que sería recordado: *Monadología*. Una síntesis en 90 párrafos, de exactitud apabullante, de la filosofía de Leibniz. Escrita a la carrera en francés, tres años antes de morir, responde a la petición de su amigo Remond. Los ladrillos del mundo no son los átomos o los electrones, sino entidades inmateriales llamadas mónadas. Los movimientos de las mónadas son internos, mentales, y cada una de ellas contiene el universo en su totalidad. Con estos presupuestos, no es de extrañar que su filosofía fascinara a las princesas. No hay dos mónadas iguales. Cada una de ellas es una visión del universo desde una perspectiva particular, de ahí que pueda decirse que hay tantos universos como mónadas, o que el centro del universo se encuentra en cada mónada. En Leibniz se cumple el dicho taoísta según el cual no vemos las cosas como son, sino como somos. Nuestra perspectiva particular proyecta un cosmos idiosincrático, que convive en una armonía preestablecida con otros universos que proyectan otras mónadas. Pero en el fondo, todos ellos son el mismo visto desde diferentes ángulos, lo que permite salvar la ciencia y la objetividad. Leibniz sostiene, de un modo muy cuántico y einsteniano, la relatividad del espacio y del tiempo, incluso de la materia, que se aleja del corpúsculo y se acerca a la onda (su polémica con Newton pasará a los anales de la historia de la ciencia). Este mundo, el nuestro, es el mejor de los posibles, de los «composibles» por la mónada primordial. Una república de espíritus cuyo destino no depende de las leyes ciegas de la materia, sino de la destreza que tengan esos espíritus para congeniar.



BERKELEY. PRINCIPIOS DEL CONOCIMIENTO HUMANO

8. ■ Tergiversado como metafísico y apenas reconocido como filósofo, el irlandés Berkeley fue un genio singular. Su contribución a la crítica de las matemáticas empieza a reconocerse hoy y, aunque su filosofía fue ignorada o malinterpretada por la Ilustración, en cierto sentido fue el precursor de Kant. Combatió la fe en la materia y la ficción metafísica de un inaccesible mundo en sí. Entre los pocos que lo leyeron con aprobación se encuentran Herder, Hamann, Stuart Mill y el físico Ernst Mach. Leibniz anotó en su ejemplar de los *Principios*: «Aquí muchas cosas son exactas y concuerdan con mi opinión». Recientemente, Borges fue uno de sus valedores. Una idea recorre toda la obra de Berkeley, la perceptibilidad es el ser de las cosas, las cosas sólo existen en cuanto que son percibidas. Berkeley se opuso a la distinción de Locke entre cualidades primarias y secundarias (las primeras, la masa y el movimiento, reales; las segundas, el color o el aroma, adventicias). Como los budistas del mahayana, combatió la idea de que las impresiones recibidas en la mente fueran reproducciones de cosas externas. Sólo podemos estar seguros de que lo que llamamos cosas son «complejos de sensaciones», que se presentan en nuestra mente con cierto orden de sucesión. Su lema es simple: Ninguna idea sin un espíritu, alma o yo, en el que existe o por el que es percibida. La existencia de cualidades perceptibles al margen del espíritu es contradictoria, como lo es la concepción de Newton de un espacio y tiempo absolutos. Ser es percibir y lo demás son cuentos.



SCHOPENHAUER. EL MUNDO COMO VOLUNTAD Y REPRESENTACIÓN

9. ■ En la segunda línea de su prólogo, Schopenhauer afirma que se propone dar a conocer un pensamiento único. El filósofo nunca se distinguió por su modestia. En la cuarta asegura haber encontrado lo que los sabios han estado buscando desde la Antigüedad. Pese a la falta de humildad, se trata de uno de los mejores libros de la historia del pensamiento, tanto por lo que dice por cómo está escrito. Bebe de fuentes orientales, lo que supone una saludable renovación. Thomas Mann reconoce en sus páginas esa misteriosa ley que ata el sentimiento y la forma: «Una imagen del mundo concebida con pasión, una imagen del mundo vivida y sufrida con la totalidad del ser humano llevará en su exposición el cuño de lo bello». Efectivamente, la obra no tiene nada de la sequedad de la erudición, sino «una gracia y un don antiguos, de acuerdo con ese parentesco profundo que hay entre el sufrimiento y la belleza». Asegura que su filosofía mantiene una perfecta unidad y una relación orgánica con sus partes, que se parece más a un organismo que a un encadenamiento de deducciones. La obra se abre con esta frase: «el mundo es mi representación», y se cierra con una defensa de la filosofía al estilo prusiano: «meditar sobre la vida es el único medio de disipar el efecto lúgubre de esa nada que se cierne sobre nosotros. Vale más que pretender eludir esos terrores con la absorción en *brahman* o el nirvana de los budistas». Tras la supresión de la voluntad, «este mundo tan real, con todos sus soles y vías lácteas, es verdaderamente la Nada», una idea que fascinará a toda una generación de jóvenes nihilistas (actividad, por otro lado, apasionante en la juventud pero tediosa en la vejez).



10.



HENRI BERGSON. LA EVOLUCIÓN CREADORA

■ Bergson introduce en Francia la semilla del vitalismo. Es hijo de la tradición hebrea y tiene algo de irlandés. Fascinado de joven por las matemáticas y el mecanicismo, se acercará al misticismo en la madurez. Escribe tan bien, que le es concedido el Nobel de Literatura (que raras veces va a parar a manos de filósofos). Se opone al positivismo y pasa de puntillas ante el existencialismo, las dos modas de su tiempo. La evolución creadora parte de la biología y orbita en torno al concepto de *élan vital*. La idea de la evolución ocupa el primer plano y aunque a primera vista parece una respuesta a Darwin y Spencer, por tergiversar el principio creador de la vida, en seguida se advierte que, más que de cuestiones ambientales, el tema central es la intuición y la «vida interior». El aliento vital discurre y evoluciona por plantas y animales, pero su evolución no es lineal, unidireccional o ascendente, sino que admite muy diversas direcciones. Se parece a una ola infinita que se extiende como una esfera desde su centro y en las que pueden darse remolinos y regresiones. El instinto y la inteligencia son los dos modos de afrontar los desafíos que plantea la existencia. El primero está más cerca de la vida, pero carece de la capacidad reflexiva del segundo. El pensamiento se orienta hacia lo inmóvil, rígido y material, pero es incapaz de captar la actividad creadora del impulso vital. Materia y vida se corresponden con inteligencia e intuición. La primera nos acerca a la física, la segunda al misterio de la vida. Era el filósofo de cabecera de poetas como T.S. Eliot y Antonio Machado.

